

Abril y otros cuentos

JOSEPH ROTH

Abril
y otros cuentos

Traducción y epílogo de
JAVIER GARCÍA-GALIANO



Secretaría de
culturaDF

*F*ICTICIA
EDITORIAL

MÉXICO, 2012

ABRIL Y OTROS CUENTOS

D.R. © Joseph Roth

D.R. © Javier García-Galiano por la traducción y el epílogo

D.R. © Ficticia, S. de R.L. de C.V.

Primera edición: octubre 2012

En portada: Oleksandr Bogomazov, *Kiev*

POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Director de la colección: Javier García-Galiano

Diseño de la colección: Armando Hatzacorsian

Cuidado de la edición: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec,

C.P. 11000, México DF

www.ficticia.com libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

POR EL DISTRITO FEDERAL

Gobierno del Distrito Federal

Secretaría de Cultura

Fomento a la Lectura y el Libro

Publicaciones

Colección Biblioteca de la Ciudad

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-7693-70-3

Impreso y hecho en México

Contenido

Abril. La historia de un amor	9
El aplicado	43
El busto del emperador.....	67
La leyenda del santo bebedor.....	101



Errancias literarias de un tráfuga	147
--	-----

Abril.
La historia de un amor



LA NOCHE DE ABRIL en la que llegué estaba nublada y cargada de lluvia. Las siluetas plateadas de la ciudad se extendían temerariamente contra el cielo, casi cantando entre la tenue niebla dispersa. Fina y sinuosa ascendía hacia las nubes una torrecilla gótica. El reloj iluminado del ayuntamiento colgaba en el aire como sostenido por una cuerda invisible. Alrededor de la estación de tren había un olor dulce, embriagado de hulla, de jazmín, de praderas fragantes.

El único coche de la ciudad esperaba, indiferente y cubierto de polvo, frente a la estación. La ciudad debía ser pequeña. Poseía una iglesia, un ayuntamiento, un pozo, un alcalde, un coche. El caballo era café, de grandes pezuñas, con puños de mechones rojizos sobre las articulaciones de las patas y no tenía anteoje-

ras. Sus ojos saltones miraban con benevolencia. Al relinchar, inclinó la cabeza, como un hombre que se dispone a estornudar.

Subí al coche y examiné en el camino las sombrillas y las maletas tambaleantes con los hombres que colgaban de ellas. Escuché lo que la gente decía y sentí la miseria de sus destinos, la cortedad de su vida, la estrechez y la futilidad de sus pesares. En los campos de ambos lados del camino se derramaba la niebla como plomo fundido, simulando mar e inmensidad. Por eso las sombrillas, los hombres, las palabras, el coche eran tan minúsculos y ridículos. Creí realmente en el mar a ambos lados y me asombré de su quietud. Quizás esté muerto, pensé. La chimenea de una fábrica que ascendió repentina junto a una esquina de casas blancas, inquietante a pesar de lo delgada, parecía un faro apagado.

A la orilla del camino acampaban hombres de paso: avanzadas de la ciudad. Eran confiados y francos, podía ver lo que ocurría en esas barracas: una madre bañaba a su hijo en un barril. El recipiente tenía un ceñidor de hojalata brillante y cruel, y el niño gritaba. Un hombre estaba sentado en su cama y un joven le quitaba una bota. El joven tenía la cara roja, esforzada, hinchada, y la bota estaba sucia. Una anciana barría con una escoba el suelo del cuarto, y sospeché su siguiente quehacer: recogería el mantel azul y rojo, caminaría hacia la ventana o la puerta y echaría los restos de comida en el pequeño jardín.

Tuve compasión del niño en el barril, del joven que jalaba la bota, de los restos de comida. Las viejas que escombran en la noche deben ser malas. Mi abuela, que parecía un perro, siempre barría con la escoba el suelo en la noche. Yo era muy chico, odiaba a la abuela y a la escoba y amaba los recortes de papel, las colillas de cigarro y todas las formas del desecho. En mi bolsillo rescataba de la escoba de la abuela lo que hubiera en el suelo. Sobre todo me gustaban las briznas de paja. De las cosas eran las más vivas. A veces, cuando llovía, miraba por la ventana. En las olas de uno de los incontables arroyuelos nadaba, bailoteaba, daba vueltas con coquetería, y despreocupadamente una briznita de paja no sospechaba nada de la alcantarilla hacia la que la arrastraba la corriente, en la que desaparecería. Yo corría por la calle, la lluvia era pesada y arreciaba, me azotaba, pero corría a salvar la brizna de paja y la alcanzaba apenas ante las rejas del desagüe.

Vi mucha gente en la noche. En esta ciudad quizá las personas se iban tardísimo a dormir. ¿O era abril y la expectación que estaba en el aire de que lo vivo debía mantenerse despierto? Todo lo que me encontraba tenía algún sentido. Llevaban destinos; eran destinos; eran dichosos o desdichados, de ninguna manera indiferentes y accidentales; o, por lo menos, estaban borrachos. De noche, en las ciudades pequeñas no hay gente ocasional en la calle. Sólo amantes o rameras o serenos o dementes o poetas. Los de paso e indolentes están seguros en casa.

En medio de la plaza de armas está el fundador de la ciudad, un obispo de piedra, como si estuviera en estado de alerta. Está en el centro y es importante. Creo que la gente lo tiene por muerto y liquidado. Pasa enfrente y no lo saluda; no tendría que temer decir un secreto acerca de él o cometer un crimen. ¿Para qué lo sigue conservando?

Me dio pena el obispo que seguramente se cansó mucho al fundar la ciudad. Tenía un gesto contenido alrededor de la boca y se parecía a aquellos que han conocido la ingratitud del mundo. Esa noche le prometí leer de manera cuidadosa acerca de él. Pero nunca llegué a hacerlo. Pues también en esta pequeña ciudad, los hombres vivos tenían historias que se me cruzaban en el camino, me envolvían y atrapaban. Y además era primavera y, en esa época del año, no me interesan los obispos y los fundadores.

A la mañana siguiente ya conocía un par de historias.

Supe que el cartero estaba cojo desde hacía apenas unos días y no estaba baldado de nacimiento. Bebía en pocas ocasiones, dos veces al año: en su cumpleaños, que era el 15 de abril, y el día de la muerte de su hijo, que se suicidó en la gran ciudad. La borrachera era perdonable, y el cartero se tambaleaba tres días por entre los muros de la pequeña ciudad antes de volver a la sobriedad. En esos tres días la gente de esta ciudad no recibía cartas. El trato con el mundo exterior se detenía.

Hacía una semana, el 15 de abril, el cartero se había arrojado a su borrachera y se torció una pierna. De allí provenía su cojera.

Ésa no era la única historia.

El hotel en el que me hospedaba, olía a naftalina, almizcle y guirnaldas viejas. El gran comedor detrás de la bodega era bajo, el techo abovedado y las paredes tenían mosaicos cuadrados del color de la madera con refranes. Anna, la muchacha, apoyaba el brazo derecho en el alféizar de la ventana y cuidaba que las jarras no estuvieran vacías. Nunca estaban vacías. Pues aquí la gente bebía mucho vino y traqueteaba con las tapitas de las jarras cuando Anna no ponía atención.

Anna tenía entonces 27 años y era rubia y estaba peinada con tersura. Siempre se veía así, como si acabara de salir del agua. Su cara era tiesa y reluciente y los mechones radiantes de cabello se estiraban frescos y austeros y de un rubio húmedo desde la frente.

Tenía manos delgadas, fuertes, pero tímidas, de las cuales siempre creí que se avergonzaba.

Anna venía de Bohemia y amaba al ingeniero. El ingeniero era el director técnico de la fábrica en la que trabajaba el padre de Anna. Anna tenía un hijo del ingeniero.

El ingeniero se había casado y le dio dinero a Anna para el niño y para el viaje. Así que Anna era mesera en la pequeña ciudad.

Una vez entré por casualidad al cuarto de Anna y vi la fotografía de su hijo. Era un niño hermoso, tomaba



«ABRIL Y OTROS CUENTOS» DE JOSEPH ROTH
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 7 DE OCTUBRE DE 2012 (A 441 AÑOS
DE LA BATALLA DE LEPANTO, EN LA QUE MIGUEL DE CERVANTES
SAAVEDRA PERDIÓ LA MANO IZQUIERDA) EN LOS TALLERES DE
SERVICIO FOTOTIPOGRÁFICO S.A. CERRO TRES MARÍAS NO. 354,
COL. CAMPESTRE CHURUBUSCO, C.P. 4200 MÉXICO, D.F.